

Víctor Hugo Flores

Necrópolis

Y otros relatos
Nocturnos

Mora Vale
Distribuidora de libros



Índice

Necrópolis	4
María Sangrienta	9
El Árbol de los Muertos	13
Romance de Fantasma	17
La Noche de los Cuervos	20



NECRÓPOLIS

Nadie sabe quiénes construyeron Necrópolis. La ciudad de sepulcros existía antes de las horas, surgió del fondo del tiempo y del espacio, nadie conoce sus límites.

Necrópolis es una ciudad insomne de mármol y piedra, surcada por inmensos sistemas de galerías que se extienden bajo la noche perpetua. Recintos desolados y salas de registro abandonadas se suceden, sin final, plagadas de estatuas de mármol, de cascajo y objetos relegados de la memoria... Es posible andar durante siglos entre esculturas mortuorias, sin retornar nunca al mismo lugar. Los umbrales de arcos ojivales se suceden, abiertos a salones donde rosas secas de ofrendas se extienden en alfombras mohosas, en capa sobre capa de cirios consumidos, acumulados por centurias; posee mares de estelas con rótulos fúnebres, bloques de mármol sin trabajar, rejas oxidadas, guardando veladoras que arden en el interior de mausoleos, invadidos por la hierba.

Los edificios de Necrópolis son catedrales en ruinas bajo una Luna amarilla, de espejos del conocimiento borrados por el viento; existen en ella bibliotecas llenas de papiros sin leer; observatorios clausurados; columnas conmemorativas que sostienen el cielo gris; esculturas de ángeles dolientes, abrazados por las hiedras. Las criptas se extienden al horizonte en una océano de ladrillo y concreto, sobre descampados, en arrabales más allá de las avenidas de nombres muertos. La ciudad de sombras es un lamento de ánimas. Necrópolis es un laberinto de millones de pedestales, efigies, ofrendas, inscripciones, sin orden alguno, en la suma del tiempo perdido. Necrópolis no tiene fronteras, más que la ardiente Nada.

Es una ciudad donde los muertos despiertan. Noche tras noche, sus condenados se levantan desde el fondo de las eras, abren sus sepulcros y salen a las calles mortuorias. Los espectros de Necrópolis son las almas de los muertos, prisioneros del tiempo: Espíritus ávidos, atados a la

mezquindad o a la belleza; ignoran de dónde proceden, si tienen un destino; son ánimas prisioneras de relojes, almas en pena que se afanan entre recuerdos e imágenes, sin descanso; recorren los torreones de polvo, los tesoros de nada. Son espectros hambrientos, sedientos de vida, mas únicamente visiones. Se afanan en las galerías y las tumbas, pues su condena es creer que viven. Los muertos *sienten*, y ellos experimentan su soledad en el infinito; los difuntos *recuerdan*, y por ello creen tener historia. Los muertos *desean*, y por ello ordenan sus despojos, para apreciarlos en los espejos rotos de sus funerales.

Nosotros somos los otros habitantes de la ciudad. No tenemos nombre, pero somos los únicos, los verdaderos vivos.

Nosotros, que vivimos en esta metrópoli de fantasmas, despertamos en sus dominios sin Sol y salimos para apresar a sus espectros y segar sus pasos, para beber sus resabios de vida. Necrópolis nos pertenece, porque recordamos su pasado.

En la noche perpetua de Necrópolis, salimos en vendaval para hacer cumplir el destino. Somos Némesis. Damos olvido al extravío. Bebemos la sangre de los muertos y hacemos válido su sino, pues polvo son y en polvo se convertirán. Frente a la nada de los muertos, la vida es nuestro dominio y por ello, somos la única verdad.

Te he visto tantas veces en Necrópolis, amada mía. Te descubrí en tu mortaja de horas mientras recorrías el laberinto de nombres olvidados y leías sus lápidas de donde escapa como arena la memoria. Indagabas en la noche perpetua entre los intentos de permanecer. Te sumergías en sus catedrales de papiros desordenados sobre suelos de mosaico, en su vuelo descuidado de hojas de otoño, y escuchabas la caída de la arena en los relojes sobre los pilares, bajo un cielo de nubes negras, después de la lluvia; mientras observabas las manecillas en guadañas y colectabas las rosas del crepúsculo de la Luna.

Te descubrí en uno de los túneles, cuando en los claustros, los monjes oraban para alejarme. Desde esa hora te

he contemplado. Observas tu espacio, estudias tu cuerpo desnudo y exploras las avenidas donde deambulan aquellos que son como tú y con los que, sin embargo, no te identificas. Estás llena de recuerdos sobre hechos que no has vivido y buscas un sitio cuya ubicación desconoces. Te sabes aquí y en este ahora buscas la verdad.

En esa exploración indagas en los recodos ocultos de Necrópolis para hallar un tesoro que sabes tuyo, desde antiguos días cuando tocaste la eternidad; un infinito que no recuerdas del todo, pero cuyo ambiente reconoces. Sospechas que ves un espejismo, que estás atada a una ilusión; tal vez no todo sea las sepulturas y sus planchas con mensajes tallados; tienes la vaga certeza de que no presencias la vida, sino su simulacro. No deseas seguir el camino de todos, no quieres ser un espectro, ni rendir culto a sus ídolos de arcilla, ni responder a las sonrisas de los fantasmas aterrados de su propia fugacidad.

Te he visto en tu soledad. Ayer, o quizá en el pasado remoto, o tal vez mañana. Todo es posible en el tiempo dislocado de la ciudad muerta. Y te encontraste en el medio de la nada, sola en el cruce de los senderos, cuando presentiste que, un día, en una lápida hurtada al caos, aparecerá tu nombre.

Me llamaste. Ignorabas quién era, pero adivinaste mi silueta confundida entre los castillos rotos de la avenida que lleva a la región XIII, donde nacen las flores venenosas, y preguntaste mi nombre.

Ahora te observo. Estás entre mis brazos para amarte. Beberé tu aliento y te veré despertar para decirte lo que debes, lo que mereces saber: No hay una respuesta para ti, ni para nadie, en parte alguna. Mas no te preocupes, ah, tú, navegante de las olas del tiempo, pues ni los ángeles, ni los demonios, ni los arquidemonios, ni los serafines, conocen otra respuesta. No hay razón en sitio alguno.

Con mi caricia, serás Inmortal. Pero ser inmortal es un desafío, pues es mucho más sencillo habitar Necrópolis, es

mucho más fácil ser uno de sus fantasmas, que un ser vivo. Una vez que eres Inmortal, ya nada es idéntico. Beberás los corazones ardientes de las rosas, y el néctar quemante de la noche con sus espinas, derretirá tus entrañas. Sólo hallarás el sentido a través del dolor, pues sufrir es saber. La inmortalidad, amada mía, se compra con una dación de llanto. Sólo así recibirás la Corona del Conocimiento. Sabrás que la verdad es la nada, y que esa nada sólo vive cuando la transformas con tu voluntad.

Beso la palma de tu mano y paso la lengua sobre ella, leyendo sus surcos, que algunos creen el hálito del destino. Ellas dicen que hasta hoy has soñado el sueño de la vida, la ilusión de estar viva, cuando eras una sombra más de la urbe muerta. Pero despertarás y vendrás conmigo, y contemplaremos Necrópolis desde lo alto; leeremos sus frases construidas en caos y nos uniremos a la danza de los Inmortales, que se congregan en las ruinas, para bailar con frenesí en el cortejo de los fuegos fatuos. Seremos *Nosotros*, aquellos que sabemos que nada existe aparte de nosotros mismos. Amos y señores de la Nada y de la hora oscura. Nosotros, la única realidad sobre los espectros de la urbe fantasmal.

Abres los ojos, y veo en tu boca la Marca del Sangrante Relámpago... Ven, amada mía, salgamos ya, unámonos a la Danza de la Muerte, bailemos en círculo con nuestros hermanos en la sangre, en Aquelarre delirante ignorando a los fantasmas que vagan tras sus ilusiones entre reflejos, miradas, palabras de amor y promesas; dancemos al margen de sus manos que se buscan en la nada. La Historia ha concluido. Todo ha terminado. Nadie vendrá a salvarnos. Necrópolis es el eco perdido de las últimas voces, de un festival concluido hace mucho tiempo. Hemos sido colocados en Necrópolis por un Azar que nos ha olvidado. Estamos en cualquier sitio de un cosmos sin razones. Todos somos ángeles caídos en un mundo sin propósito que gira después que las cartas han sido echadas, en un navío que transita por el Mar de los Sargazos. Nadie vendrá jamás. Ellos y nosotros, los Fantasmas y los Inmortales,

deambulamos en una prisión bajo las estrellas, cada estirpe en la dimensión contraria de un laberinto de donde nadie puede salir; de una prisión creada sin motivo, de un reino sin salidas donde todos morimos diariamente y en donde, ah, amada mía, Nosferatu de boca de dagas y de negras alas, tú, solamente tú, eres tu única respuesta y el sentido de la ciudad condenada, la única voz de la Vida en el Oficio de Difuntos.



MARÍA SANGRIENTA

Cuando caminas desde tu salón de púrpura terciopelo, hacia el oscuro laberinto subterráneo, cruzas a pie un río de duras aguas y sales a la boca de un túnel, que forma parte de un sistema que prospera bajo Necrópolis. Te dejas caer hacia delante, pero no tocas el suelo de tierra, sino que flotas y te elevas, y luego te desplazas por el aire, acelerando.

Al volar en esa ciudad profunda, te ves reflejada en los barrizales, asomando en tu vuelo a una noche de agua oscura bajo tus pies, y tu cabello se agita.

Vuelas en un mundo donde solo Nosotros podemos entrar, en una dimensión de concreto armado que se interconecta en arterias de viento, hasta complicados túneles que antes encauzaron el río y que hoy permanecen secos, autopistas de ecos, simulacros de fantasmas.

Es de noche. Al salir a Necrópolis, los mausoleos te parecen gigantes dormidos, distribuidos en bloques más oscuros que la noche; pero esa sensación desaparece cuando oyes a los espectros que salen de sus tumbas, yendo en pos de sus ilusiones, como cada vez que la Luna despunta, como siempre que llega el alba de la Noche.

Te elevas entre sepulturas y vuelas sobre copas de árboles, hasta que rebasas una vieja muralla, y descubres, más allá, la catedral de herejes, que levanta sus largas agujas hacia el cielo azul oscuro. Ves reflejadas, en sus agujas, luces de estrellas que parecen atravesar la sólida piedra.

Vuelas junto a uno de los arbotantes de la vetusta catedral, por donde el limo baja en cascada inmóvil, acumulada durante vidas. Sabes que al lado de las catedrales se levantan monasterios de piedra. En ellos, los monjes viven en claustros donde nunca entra la luz del sol, donde la mañana es desconocida, y tarde y noche son un ala espesa.

Entras a la catedral por la nave central. Su oscuridad es fría, húmeda. Percibes el olor de la roca mojada, que se mezcla con la respiración de la penumbra.

Observas y esperas. Aguardas, porque alguien aguarda.

En esta catedral, donde estás sentada bajo el brillo discreto de una campana de bronce, los Hermanos oran al caminar por pasillos de piedra sin luz, llevando un crucifijo en la derecha y un puñado de sal en izquierda, mientras avanzan al mismo paso, y de sus cuellos pende una cadena con la que cargan un viejo libro sagrado, que habla sobre la Jerarquía de los Ángeles y las Huestes de los Eones.

Pero no estás aquí para presenciar sus celebraciones, ni para oír sus cánticos entonados en una lengua que desconocen, que hace mucho no se habla en ninguna región, y en la que repiten salmodias de libros, donde aparecen partituras que nadie sabe cómo interpretar.

Estás aquí porque, cuando algún monje se pregunta la razón de Nuestra existencia; cuando con temor a las sombras espía sobre su hombro y lo siguen largas figuras en las paredes, él toma algún libro de las viejas bibliotecas y se desliza a hurtadillas bajo los arcos de roca, alejándose de las procesiones de rezos y de las celebraciones incomprensibles. En los subterráneos, en un domo bajo los cimientos de la catedral de herejes, se acerca a un amplio espejo empotrado en el muro. El marco del espejo muestra una leyenda, cuyos significados varían de acuerdo con la posición de los astros.

Frente al espejo, el monje observa su reflejo, la mirada obsesiva oculta en la capucha. Entonces susurra, primero lentamente, después con mayor convicción: *“María... María Sangrienta... María Sangrienta...”*, conjuro que invoca a una leyenda, la cual responde a todo interrogante, y que el monje repite, mientras otros eremitas se castigan, flagelo en mano.

Has atravesado la catedral sin hacer ruido, observando las tallas de piedra en la sombra de las paredes, y te encuentras a la sombra de una columna, oculta de la luz que desciende desde un elevado vitral, donde una Virgen de Sacrificio sonrío

en rojo cristal tras una capa de polvo, y te encuentras en la encrucijada del claroscuro... y Observas al monje atormentado frente al mágico espejo, de espaldas a ti; ves su manto, su capucha y el espejo, donde se remueve niebla que viene de un conglomerado de ensueños, desde vastos horizontes que se pierden en la profundidad del espejo, donde la luz es negra, y las sombras son cascadas rojas... Y, a lo lejos, más allá de las inscripciones de gris húmedo, una campana en Necrópolis marca la hora 25. Y los tañidos van y vienen... Es noche gris plomizo, hora de los espectros y de Aquelarre. La hora 25, tiempo de mundos entrecruzados.

Los monjes oran, desesperados, buscando en sus libros encadenados, un consuelo que nunca habrá de llegar... Y los tañidos se repiten, gong de flores negras en la crisálida, gong de cristales rotos, gong de plata, campana que explota en lluvia de pétalos de roca e ilumina las fachadas de los monasterios, mientras en la ciudad de lápidas la Progenie sale de sus refugios en Legión y emerge en carnaval, y los fantasmas huyen, llenos de pavor. Pero tú sigues ahí, en ese circuito de la catedral que comienza en casa del abad y que termina bajo la tierra, en el domo; por eso, ves al monje que intenta prestar oídos sordos a la hora 25 y que ante el espejo repite el conjuro, con susurros temblorosos: "*¡María, María Sangrienta... María Sangrienta...!*"

Y cuando él yace en el suelo de losas de piedra, y en su hábito se muestra un crucifijo de hierro ensangrentado, y tú te encuentras a horcajadas sobre el monje, él repite, en medio de su delirio, de su placer, de su terror y de su condena, un solo nombre, que es el tuyo... pues a ti te esperaba y a ti te invocaba antes de saber qué deseaba: Ignoraba que al llamar a sus más oscuros sueños, estaba llamándote a ti. Frente al espejo repetía tu nombre, y despertará en el monasterio, pálido y con los ojos brillantes bajo la capucha, listo para cazar a sus antiguos Hermanos.

Y así, tú, amante ensangrentada, ah, prometida ensangrentada de susurros en los pasillos, cisne negro

revestido de dagas, de joyas de sangre; cruzas solemne los arcos del monasterio a la luz de los vitrales rotos, con la daga en las manos y la sonrisa en la oscuridad. Pues tú no eres el reloj de arena, ni el rayo que deslumbra: Eres la guadaña y el agua en la clepsidra y el látigo del trueno, el instrumento de una mano que se tiende en la oscuridad desde una lejanía insondable, donde los soles mueren; mano que se abre, con tus facciones, al otro lado de un espejo a donde se acude en busca de un augurio: Para buscar tu nombre, pronunciado al igual que una confesión de amor o como últimas palabras; tu nombre, con el acento de la sangre en su boca, con el sabor de la sangre en sus ojos, con la muerte de brillante espejo mágico en sus dientes: “¡María, María... María Sangrienta!”



EL ÁRBOL DE LOS MUERTOS

El golpe del viento arrastra, por las aceras, folios de papel amarillento y quebradizo, llenos de listas de nombres y escritos carentes de significado, excepto, tal vez, para aquellos a quienes estuvieron destinados, en un tiempo que se pierde en la leyenda.

Son cartas de muertos, cartas para muertos.

Y en ese batir de viento una parvada de palomas cruza frente a una biblioteca.

Yo he visto muchas de esas hojas perdidas, a esas palomas fugitivas, y también muchos libros que atestan los infinitos salones de Necrópolis. He recorrido sus vastas bibliotecas escuchando mis pasos durante kilómetros de madera y papel, entre compartimientos llenos de libros con cantos de hilo dorado, observando sus millones de volúmenes y el crepúsculo, sus reflejos ardientes, tras las cristaleras talladas; caminando, mientras el Sol refulge a través de los vitrales de nostálgico violeta.

Y las cartas y los diarios recorren los pisos de madera de las bibliotecas, y siguen su camino, para salir a una tarde taciturna, en giros, alejándose por los empedrados hacia los bosques.

Yo he leído muchas de esas hojas, y en su papel añejo encuentro anotaciones casi ilegibles, de todo tipo: Recordatorios, promesas, peticiones de viaje; o largas, extensas, sinceras, relaciones de pensamientos íntimos, o páginas de historias perdidas en amplios volúmenes descuadrados de confesiones, de alucinaciones, de relatos, de biografías escritas en noches sin fin, que van dar a la calle, sin nadie que lo impida; para revolotear con desgana o con premura, hasta que una lluvia sorpresiva las detiene, las tritura, conduciéndolas en cenizas por los arroyos de las aceras.

El mensaje de esos escritos, el improbable viaje de las palomas, la memoria de los libros, son como los mensajes de Necrópolis: Forman parte de un caos del que, sospecho, no todo son antiguas anotaciones, sino que, en realidad, son pensamientos de los muertos en sus tumbas; ideas que se imprimen en páginas que vienen desde el Más Allá, y que echan a volar, intentando alcanzar una meta: Alguien antes amado, alguien recordado; alguien soñado en largos sueños imposibles de búsqueda. Pensamientos empujados por la volubilidad del azar.

El registro de esos pensamientos sin forma, revolotea cruzando las avenidas. Si los sigues, encontrarás los mausoleos en el silencio de la tarde, rodeados de abrojos y sauces que juegan con la luz del Sol, rojo en agonía... Una parcela tras otra y una parcela tras otra de estatuas abrazadas de hiedras, o coronadas por ramas de sauces, bajo las que andarás, aspirando el aire de frío mármol, que brota de las criptas abiertas. La tarde se inclinará en las ramas de los árboles, la neblina se filtrará entre la dentadura de las hojas cuando llegues a las encrucijadas. Ahí encontrarás los crucifijos de cabeza y las cruces celtas talladas de runas, que se yerguen, en antigua piedra, al lado de las señalizaciones: Región XXIV, Región XXVIII, Región XXXVIX...

La estación del tren a donde llegas, persiguiendo las páginas, está abandonada, pero cerca de sus rieles oxidados, al filo de la medianoche, tu sombra se proyecta en los cimientos quemados de un templo, y se alarga, hasta tocar el pie de un inmenso Árbol.

Ves el Árbol, que eleva su tronco agrietado, sus ramas en dedos descarnados donde penden las cápsulas sedosas de muertos, colgados ramas retorcidas en intento de sujetar al cielo, para asfixiarlo o para sostenerse de él.

El Árbol es tan antiguo como Necrópolis, y es vasto como los ensueños, y sus ramas secas buscan atrapar, en sus garfios oscuros, a la Luna plateada. Pero el peso lo ancla, porque el

Árbol tiene frutos de carne corrupta: de sus ramas cuelgan nueve muertos, envueltos en crisálidas.

Esos muertos penden de cabeza en un Tarot multiplicado, con las manos atadas a la espalda: Son muertos en sarcófagos de seda, momificados tras vendajes transparentes. Puedes ver sus rasgos lastimados, amortajados en eterna ensoñación vacía. Y el viento, el mismo viento que empuja los diarios muertos por las vías de Necrópolis, aquí, en este suburbio de los mausoleos, mezcla las hojas secas y eleva en espiral las páginas trazadas de mensajes y de antiguas memorias, con un aullido que te envuelve, mientras observas a los muertos atrapados en el silencio; el viento –que lee las páginas de las Crónicas y de las Revelaciones– te hace recordar que la cárcel de silencio de esos muertos, es la misma que aprisiona a los fantasmas que salen de sus sepulturas, cada noche.

Tal vez después, cuando escuches las campanadas que anuncian el amanecer con voz de bronce, corras de regreso por los puentes abandonados como los sueños, que conectan las fábricas desmanteladas y que conducen a los pasadizos subterráneos, donde los tuyos se reúnen antes de salir al infinito camposanto. Posiblemente te veas reflejada en las paredes de cristal de los túneles circulares que dominan la ciudad muerta, y así, surques la urbe infinita, su silueta de oscuras grecas, los bloques de sus sepulcros recortados contra un horizonte de nubes pálidas; sus catedrales de finas torres de piedra; sus altos, de roca, bastiones de silencio invadidos de buitres.

De vuelta en los túneles, entenderás que esos muertos en las crisálidas del Árbol estaban atrapados en la memoria de otros muertos... Son presos del destiempo, cautivos de un mutismo nunca roto; son prisioneros del limbo que crearon por temor a las palabras... Esos muertos son encarnación de palabras asesinadas, la razón de las bibliotecas muertas y de las páginas vagabundas. La razón de su crimen, no importa: Están ahí para alimentar con su corrupción a toda sombra. Sus raíces se hunden profundamente en el subsuelo.

Por eso, en los atardeceres después de la lluvia, cuando el amarillo del ocaso permanece húmedo sobre los edificios abandonados, yo también recorro las avenidas de nombres muertos, con sus crucifijos inversos; por eso me interno sobre los rieles de un tren que hace mucho dejó de transitar; por eso camino en las noches, entre los mausoleos, sobre los empedrados tapizados de hojas secas y de mensajes del pasado, que jamás llegaron a destino; las páginas de las confesiones, sus persistentes secretos, sus silenciosos gritos desde la futilidad, son palabras vitales que nadie conocerá jamás, aparte del viento y del rocío que mezclan el tiempo en azote de estaciones.

Al avanzar sobre ellas, las páginas revolotean a mí alrededor, se elevan, caen de nuevo. No van a ninguna parte. Por eso recorro Necrópolis, porque hay palabras que nunca llegan, frases que jamás se pronuncian, sentires que nunca se expresan y que quedan como esos diarios deshojados, yertos, que a veces escapan para danzar en el viento de la ciudad, y que terminan como las palabras nunca dichas: Sin destinatario, sin remitente, sin razón, el eco de un eco, mudos testimonios que habrán de ser conocidos sólo por las pisadas de alguien atado al eterno silencio, tú, yo, que en noches sin cacería indagamos en el caos de sus páginas volantes, en las bibliotecas malogradas, buscando algo que explique las palabras que mueren en los labios antes de nacer; los mensajes que van en busca de nadie para después surcar las calzadas flanqueadas por sauces, hacia el horizonte de lápidas que, en noches de Luna Llena, bajo sus cuernos de plata, abren el camino para buscar la nada, en el Árbol de los Muertos.



ROMANCE DE FANTASMAS

El viento sopla en el camposanto, y a su paso, levanta las hojas secas.

La brisa del atardecer, sosegada, lleva la luz bajo arcos de verde resplandor, en incendios dorados.

De la hojarasca se desprende un aroma que para Felipe, es el de Lucía ausente. Es un aroma huidizo a mar, a frescura. Y es como si al percibir esa fragancia, Lucía anuncie que se encuentra ahí, en ese camposanto silencioso, de lápidas antiguas. Él la respira, al caminar por el cementerio de dulces aires, presintiéndola en el vaivén de las verdes exhalaciones. El perfume del viento mezclado con el ramaje, le recuerda el aroma que desprendían los largos cabellos de Lucía.

Pero ella no está con él. El lugar donde Lucía yace, está marcado por una lápida que indica su nombre, sus fechas. Para Felipe, el viento se convierte en las risas de un carnaval, en cantos de cítaras que festejan una hora lejana.

Felipe no llora a su amada nunca más suya. Solo muere diariamente, agoniza noche a noche, se desangra mientras el vacío le llena ojos y alma. Viento, hojas, al danzar por el camposanto, liberan bálsamos etéreos que son un pálido reflejo de Lucía; ecos de un mundo donde ella permanece en el recuerdo... Y él se pregunta qué clase de azar desesperanzado, cuál sentencia lo ha exiliado a este mundo de árboles y de viento vacío; al único mundo donde Lucía no está, confinando a Felipe en la única hora donde su amor por ella, donde su deseo de ella, carecen de sentido.

Después de casi verla en el viento, Felipe deja un ramo de rosas frente a la lápida de Lucía, y las horas transcurren, quietas. Los cipreses, ahítos de Sol, navegan hacia la noche, tejiéndose de sombras. Las nubes pasan. ¿Qué otra cosa puede hacer él, sino dejar que los relojes avancen en ese soliloquio, frente a su amada nunca más suya; sino buscarla en el silencio aunque no haya de verla, pues la vigilia no le responde dónde ella está?

Entonces anda de nuevo por las calles, de vuelta a casa, recordando a Lucía en donde un día caminaron: Por aceras hechizadas con los pasos de antaño; sintiendo su caminar, evocando el recuerdo del tiempo previo al que ella decidiera marcharse, para dejar, por entre las casas, fábulas y quimeras. Por eso, Felipe, hoy, sin ella; sin verla andar por un mundo antaño carmesí; sin verla peinándose frente al espejo de su casa, ¿qué dirá a la noche, cuando ella no encuentre a Lucía? ¿El nombre de cual dios invocará Felipe, si su ofrenda únicamente es su corazón desolado, si su oración sólo reza que la ama y que ella ha quedado enmudecida por una lápida?

A veces, Felipe, se pregunta si algún día la encontrará de nuevo... No, no la hallará, sabe que no será así, y entonces llega a odiarla, tanto, que desearía no haberla conocido, para que Lucía no se hubiera ido llevándose el corazón de los dos. Y en esas ocasiones, Felipe también desea no existir, quiere dejar de ser, para disolverse entre los tañidos de la ira de su corazón desesperado, para hundirse en la tierra y arder en el fuego... Mas esos deseos se desvanecen al pasar la sensación de desventura, y vuelve a ser ese laúd que vibra con los sonidos del silencio; el de un mundo donde se encuentran todos, menos Lucía; un mundo donde él se encuentra preso, por sus propios latidos.

Una vez en casa, Felipe se recuesta, vestido, en un diván. Y las horas de la tarde pasa, hacia la oscuridad plena. Los astros estallan por la noche misteriosa.

En esa casa, donde él se encuentra sin Lucía, bebe el amargo licor destilado por la ausencia, durante las brillantes horas de la noche, que sabe perlas de noches sin final.

Insomne, cuando ya su reloj de pulsera se ha perdido en la penumbra, en esa casa donde se encuentra solo desde la muerte de Lucía, escucha un crujido, en la puerta de esta habitación.

La puerta se abre del todo, lentamente, y la oscuridad del cuarto abre un rectángulo de luz sobre Felipe.

Una sombra femenina en la puerta se proyecta sobre él, silenciosa, de largos cabellos, en el diván de la noche roja.

Felipe, sin levantarse, observa a quien genera esa sombra, en el marco de la puerta.

Nada dice, no se levanta. Esa sombra frente a él... no ha entrado por la puerta principal.

Y por una vez, Felipe piensa que es mejor así...

Inundarse de dicha en un instante de nocturna exhalación. Dejarse anegar por la nada, para vivir de nuevo...

Mejor así, en vez de saber que no habrá de verla nunca más; mejor ahora, antes de que el tiempo convierta su recuerdo en hiedra, desecándolo en abrazo de muerte lenta. Mejor ahora, amada Lucía, antes de que los días terminen por deshojar a mi amor por ti, de todo resplandor, en aridez insulsa y en la imposibilidad de recordar siquiera el gusto de tus labios. Mejor ahora, y que el olvido llegue, teniendo en la silueta oscura de una amante sin rostro, la llave de los misterios.

Sí, mejor besarla ahora, que el olvido llegue ahora para liberarlo de esta pena, para abrazarlo con besos de fantasma que llenen la habitación con romance de nebrura; en las caricias de esa sombra de mujer en la puerta abierta, abrasando el alma de Felipe, que arde igual al brillo del espejo, donde se ven las estrellas solitarias.

Felipe extiende los brazos para recibir a esa sombra... Ahora pueden ser ambos de nuevo, pues Lucía, de pie en el umbral, desde el Más Allá, ha regresado por él.



LA NOCHE DE LOS CUERVOS

I

En la Hemeroteca Nacional existe un elevador secreto, que lleva bajo tierra y se abre a una reserva de antiguos tratados de Magia y Artes Ocultas, cuyo acceso se autoriza únicamente a investigadores especializados.

Paradójicamente a su valor histórico, esa biblioteca subterránea, llamada Reserva Especial, es, por lo general, poco frecuentada. La razón es que sus temas no encajan en los conceptos tradicionales de la ciencia. Su aspecto es formal: Separada de la estantería —atendida por dos expertos, uno de los cuales supervisa el programa de microclima interior—, la larga mesa de estudio posee lámparas encendidas, cuya luz azulosa, en serie, cae sobre veinte *lap-tops* enfrentadas y conectadas a un archivo central. El silencio se ve roto en escasas oportunidades, nunca por el imperceptible murmullo de los sistemas de refrigeración, sino por uno o dos investigadores de carrera, que consultan los antiguos tomos, empleando ajustados guantes de látex y mascarillas de tela, o que escriben en los teclados.

De la colección de esa biblioteca fantástica me vienen a la memoria, por citar algunos de los libros que tuve oportunidad de estudiar, la *Teoría del Mal*, de León de Medinaceli, en edición de 1719; el *De Masticatione Mortuorum in Tumulis*, de Michael Ranft, en un ejemplar de 1799; la *Cábala Roja*, escrita en hebreo, durante el siglo X, posiblemente en Al-Andalus; el inquietante, mítico e incluso controvertido en su existencia *Necronomicón*, disponible en la versión de Olao Worm, así como los *Versos de la Sombra*, de Yusef Ibn Ahmed, documento traído a Nueva España desde Málaga, en 1600; sin embargo, el libro que fue clave no solamente para mi trabajo, sino para mi vida, fue el único ejemplar de una reimpresión

contemporánea, tan cercana como el año 1990. Su original, un documento más antiguo, fue destruido en un incendio, después de ser hurtado de la Reserva... Este original databa del año 1444, aunque, a su vez, también era copia. Sus fuentes bibliográficas —hoy puedo afirmarlo, con autoridad superior a la del experto—, son muchísimo más viejas. Supe que su reimpresión era igual de peligrosa, cuando y ya estaba en el acervo, para estudiarla.

El incendio en el que se perdió el original del *Sanguinarium*, un tratado de vampirismo, tuvo causas nunca aclaradas y costó la vida al investigador que hurtara el libro. Ese accidente —del que únicamente sobrevivió la copia que yo analizaba— fue el inicio de una serie de hechos que sufrieron su enloquecido final la noche del 1 de noviembre de 1998, y que se incubaron en la singular biblioteca, donde inició mi participación... o donde, debo aceptarlo, la continué.

II

Al cabo de bajar en el ascensor, y de identificarme en la vigilancia de la Reserva Especial —Rodolfo Sodi, investigador clase A de la Fundación Milenium—, me concentré en ese único ejemplar del año 1990, que, por fortuna, era una edición bilingüe. Eso significaba que, junto a la traducción en español, se leía, en columna enfrentada, el texto en latín del perdido libro de 1444. La versión en latín medieval era la que me interesaba, pues mi tarea consistía tanto en estudiar el texto latino, como en rastrear las fuentes históricas del documento.

El *Sanguinarium* es una obra extraña. No de otra forma puede estar en la Reserva.

En los primeros momentos, yo tenía delante un volumen de pastas negras, impreso en papel cuché, con el título:

SANGUINARIUM GRIMORIO DE LOS VAMPIROS

Bajo el encabezado aparecía un signo tridente, semejante a la psi griega; a continuación, el crédito: *Por Malleus Arcanus*, seguido de las indicaciones en latín: *Nihil Obstat*, es decir: “Ningún Obstáculo” e *Imprimatur*, o sea: “Imprímase”. Las dos frases mostraban que el libro había sido escrito bajo los auspicios de alguna autoridad particular, como una sociedad secreta.

Antes de enfrascarme en su lectura, al hojearlo, cubierto con mascarilla y guantes para preservar el documento, traduje, del latín, un párrafo que me llamó la atención:

*Quien tiene el Brillante Espíritu, debe seguir su voz.
Por el Brillante Espíritu, reconocerá a los suyos.
Y entonces uno de ellos volverá con el mensaje de Salvación.*

III

Esa noche, en casa, desperté súbitamente. Algo intranquilo, fui a la ventana, para tomar aire. El reloj marcaba las 3:44 AM. La noche era fría, sin transeúntes en las aceras grises, fantasmales.

Había leído el *Sanguinarium* de principio a fin, sin dejar de tomar anotaciones en la computadora. Ya en casa, realicé consultas por Internet, hasta avanzada la noche. No estaba cansado, pues de ordinario trabajaba hasta esas horas.

Es algo diferente. Verás: Si como lector tradicional, estudias antiguos libros de Magia o de Necromancia, es muy posible que en los primeros momentos te invada una sensación curiosa, semejante al temor. Pero cuando esas lecturas son un trabajo para el cual te has preparado, esas sensaciones no existen.

Sin embargo, yo tenía un grado de intranquilidad, pues al leerlo el primer día, encontraba que, para mí, el *Sanguinarium* revestía un significado personal —lo cual habría sido, de saberlo, motivo de desaprobación por parte de mis colegas—, pues en algunos de sus pasajes identificaba hechos de mi vida.

Y la prueba estaba afuera, en la calle.

En el camellón, se encontraba una mujer que miraba hacia mi casa, desde la soledad de la acera, rodeada por la neblina de la madrugada.

Yo la conocía.

IV

Yo sabía que siempre que despertaba a esas horas, si asomaba a la ventana de cualquiera de los departamentos que habitara a lo largo de los años, iba a encontrarla, a ella o al otro sujeto. Mas ya no se acercaban a mí.

Ellos permanecían siempre en la calle, siempre sonrientes, con una expresión de regocijo y de algo más que yo no alcanzaba a identificar. Y eran los mismos, a lo largo de los años.

Los conocía desde la infancia. Al primero que había visto era a otro, hacía muchos años, en una ocasión en que mi familia salió a acampar. Yo debería tener unos nueve años de edad y fui a buscar ramas secas, para hacer la fogata.

Escuchando las advertencias de mi madre sobre no alejarme mucho, en unos pasos me vi detrás de los árboles. Alcanzaba a ver a mis padres y hermanos trabajando alrededor de la tienda, iluminándose con lámparas de petróleo, y veía el vapor de mi respiración, cuando al levantar una larga rama descubrí a un sujeto como a diez metros, sin abrigo ni guantes, vestido de negro.

No hizo intento de acercarse. Sonriendo, se colocó en cuclillas y entrelazó los dedos.

Su aspecto me generó una cierta preocupación y al mismo tiempo, alarma; sin embargo, también me despertó curiosidad.

—¿Vienes con tu familia? —me preguntó.

—Ajá...

Mi madre me llamó y vi hacia la tienda, pero cuando volteé de nuevo hacia el desconocido, él ya no estaba ahí. Cuando dije lo que había visto, mi padre fue a revisar los alrededores, pero no encontró a nadie y por ello, tampoco motivo de preocupación.

Las apariciones continuaron, pero más espaciadas. En otra ocasión, yo salía con mis hermanos de un restaurante, en la noche, y corrí para alcanzarlos en el auto. Habíamos celebrado el cumpleaños del mayor. No recuerdo por qué me retrasé, y tampoco la razón de que en la puerta del vehículo, yo empezara a toser. Mientras hacía esfuerzos por recobrar el aliento, oyendo las mofas de mis parientes, un par de manos me tomaron con soltura y me volvieron el rostro hacia arriba. Era una mujer muy bella, y la reconocí porque en ocasiones la descubría en las aceras de enfrente, cuando yo andaba en la calle, con mi familia. Siempre volteaba hacia ella, como si me llamara. Esa noche, al sentir sus manos, en el acto dejé de toser. Ella tenía las manos heladas, y me observó con interés sonriente, con ojos fijos. Interpreté su gesto al establecer una diferencia con lo conocido: Aquello no era como el trato de mi madre, no tenía nada de maternal. A pesar de la frialdad de sus dedos, su gesto era de calidez, subrayada por sus ojos entrecerrados, y su toque parecía a punto de aumentar la presión, con un sentido hasta entonces desconocido para mí, en su matiz: Con placer carnal.

Me soltó, y siguió su camino. Para mi molestia, en el auto, mis hermanos no cesaron de bromear sobre aquel encuentro; sin embargo, el mayor, que conducía, me preguntó con seriedad:

—¿Es la que viste antes?

—No, tonto —intervino una de mis hermanas—. Aquel fue un tipo, de la otra vez que salimos a acampar.

—No —insistió él—, a esa señora ya se la encontró también, ¿verdad?

—Te dije que no le contaras a nadie —respondí, sintiéndome descubierta.

Aquellos encuentros no me producían temor, como pensaban mis hermanos, pero me dieron una importancia, ante ellos, que yo no deseaba.

—¿De veras? ¿Dónde? ¡Cuéntenos!

—No sé, no me acuerdo, déjenme en paz.

Cuando mis padres se enteraron, ocurrió lo que temía. Desde entonces, no me dejaron salir a ningún lado o lo hacía siempre acompañado. Por ello, la más incómoda era una de mis hermanas, que opinaba de continuo:

—Quiere llamar la atención... Uno tiene que llevarlo a todos lados como si fuera señorita.

Tal vez porque fuera una de mis hermanas quien lo dijera, sus palabras me causaron una impresión duradera, y más evité hablar de los encuentros. Con el paso del tiempo, entre mi sensación de ser un inválido y el que fuera objeto de burlas en la escuela, por el hecho de que me fueran a dejar a la puerta y a recoger, opté por negarlo todo.

Lo cierto era que a veces lo veía a él, o a ella, siempre de noche y en los lugares más inverosímiles. Los hallaba en el patio de las casas de mis amigos o incluso en las escuelas. Ya no se inclinaban para situarse a mi altura, y no se detenían. Mas eran siempre los mismos. Muchas veces, al asomar por las ventanas de casas de compañeros de escuela, en fiestas —a donde comencé a ir solo, rebelándome a la sobreprotección—, encontraba ahí, al hombre o a la mujer. No sólo yo los vi. También lo hicieron varios de mis amigos. Mas nunca les conté nada, pues ya había aprendido la lección. Todo lo que esas apariciones decían, era una frase que yo incluso reconocía a la distancia, al ver sus labios.

—Lo encontrarás...

Esa noche, en casa, ya como investigador especializado, teniendo nulo contacto con mi familia y conocidos, después de

leer el *Sanguinarium*, hallé a la misma mujer, en la calle igual a un espejismo, sin cambio alguno que la alterara, desde la primera vez que la vi. Aquello era un secreto, tal vez el único de mi vida. Ninguno de mis colegas conocía ese pasaje de mi existencia. Para ellos, yo era alguien cuya vida era un enigma.

Corrí la cortina, para intentar conciliar el sueño. Aquellos sucesos, pese a ser extraños, me eran asimilables; pero es que yo también era algo extraño, al decir de los demás.

V

PARA: FUNDACION MILENIUM A.C.

De: Sodi, Rodolfo – Departamento de Manuscritos Raros

Asunto: Resumé de libro en estudio – ejemplar sustituto

Ficha bibliográfica:

SANGUINARIUM, Grimorio de los Vampiros. Arcanus, Malleus. 1444. 1era. Reimpresión, 1990, s/e, México, D.F., 170 pp.

El SANGUINARIUM, texto escrito por un ocultista del que únicamente se conoce el nombre de Malleus Arcanus, es un Grimorio o tratado de Magia inspirado en variadas fuentes de las Ciencias Ocultas: Mesopotámicas, alejandrinas, bizantinas, gnósticas y fragmentos hebreos conservados en el Monasterio de Ludún.

Los analistas (cfr. J.H. Waite, *Book of the Fallen Angels*) afirman que este Grimorio es un texto dirigido a un grupo organizado, que se hace llamar la Progenie, ya sea ésta una sociedad practicante del vampirismo, o una relacionada con el vampirismo en un sentido de identidad. Esta interpretación, es decir, que la llamada Progenie sea una real estirpe de vampiros, es inaceptable desde un enfoque serio. No obstante, y al margen de estas consideraciones, podemos afirmar que el libro,

en su intención doctrinaria, está dirigido a hipotéticos lectores de dicha naturaleza. Algunos pasajes, exigen el conocimiento de un código no relacionado con lo humano.

Escrito originalmente en latín y traducido en 1990 por la Biblioteca Mexicana de Clásicos Latinos y Griegos, el SANGUINARIUM consta de 5 *Líber* o capítulos de extensión heterogénea.

La tesis del tratadista se basa en el supuesto de un hecho trascendental, que enlaza el tiempo mítico con el tiempo histórico: Un Ángel de la Jerarquía Oscura sirve de Emisario, en vísperas de la Rebelión, entre un Eón o Inteligencia Creadora y la raza humana, para establecer un Pacto y así dar nacimiento a la Progenie —la Raza Vampiro—, destinada a superar a la decadente Humanidad. El SANGUINARIUM narra la evolución material y espiritual de la Tierra, desde el origen del universo hasta nuestros días, así como el papel impulsor de los Daemones o Ángeles del Abismo.

La fuente original del texto serían las tablillas babilónicas Mattwa 69, originales del siglo -I, más otras que habrían salido de Ur y llegado a Alejandría (*circa* 539), donde fueron conservadas en su Biblioteca durante el reinado de Ptolomeo I Sóter (-304 al 308), para ser traducidas al griego y después al latín, compiladas en conjunto bajo el título de *Liber Astralis*, durante el reinado de Augusto (-23 a -14). De acuerdo con los registros conservados en Florencia, ese documento permaneció en Roma hasta la Antigüedad Tardía, en la Biblioteca Latina, en donde se pierde su rastro a partir del *imperium* de Teodosio (379 a 395). Los textos debieron sobrevivir, dispersos, hasta ser reunidos, sistematizados y enriquecidos en la Edad Media, recibiendo como subtítulo, EL GRIMORIO DE LOS VAMPIROS.

VI

GRIMORIO DE LOS VAMPIROS

LIBER V.

KABBALAH ROJA

CAPITULO V. SOBRE LOS QUE RECUERDAN

I. Hermanos en la Sangre: Nuestra Cadena es grande y poderosa, como grande y poderoso es el Eslabón que articula a la Progenie, pues ese Eslabón fue Forjado antes del Tiempo.

II. Nuestro Eslabón es la Vida Que Viene de la Sangre.

III. La Noche es Nuestro Reino, y sus ciudades son tan Vastas como el Mundo.

IV. Y entre Nosotros se encuentran los Primeros Hermanos, Discípulos Directos de Nuestra Señora Lilith, y los Hermanos que han sido fueron transformados por esos Hermanos, en la consecución de Nuestra Cadena.

V. Debemos recordar que la Cadena de Sangre también está forjada por los Hermanos que son Rescatados del Día, y que vuelven a Nosotros.

VI. Cuando la Hora llega, sus Protectores, por Merced de la Oscura Caricia, los traen de vuelta a la Cadena.

VII. Los contactos entre la Progenie y los Mortales son un hecho habitual, y también los practican los Primeros Caídos.

VIII. Muchas veces se ha dicho que los Rescatados pertenecen a un nivel inferior de la Cadena, porque han olvidado.

IX. No obstante, sépase: Estos Hermanos Rescatados forman parte de los Elegidos, son Uno con Nosotros y poseen Nuestro Rostro, porque su camino es especialmente arduo y doloroso.

X. Los Rescatados son Aquellos que debiendo estar con Nosotros por libre elección, viven un Destino que los ha colocado en experiencias que, por principio, los alejan de Nosotros.

XI. Ellos son las Almas solitarias, las Almas incomprendidas, Aquellas Almas que intuyen un mundo diferente, pero que se encuentran en un mundo banal y fútil.

XII. Sin embargo, experimentan un impulso que los lleva hacia lo Desconocido.

XIII. Ellos ignoran que ese impulso es la respuesta al Llamado Inaudible, el del mundo que intuyen, y que les da, sin embargo, señales para retornar. Siguen el Llamado, a pesar de que sus pasos los llevan fuera del mundo que conocen, y son vituperados por él.

XIV. Por ello, el Destierro es la primera Señal Visible de su Pertenencia a la Progenie.

XV. Los Desterrados y los Forasteros son Almas que Retornan.

XVI. Sus Protectores se hacen presentes y son visibles o invisibles a los mortales, de acuerdo con su deseo, y lo hacen para así dejar testimonio de su Presencia, que es la Presencia de la Cadena.

XVII. Pues por el Primer Emisario, toda la Progenie es Emisario.

XVIII. Y al ser todos Sangre de la Progenie, los Rescatados son Sangre de la Progenie.

XIX. Porque la Progenie es Una, Aquellos que son devueltos a la Sangre de la Progenie se reconocen a sí mismos como Sangre de la Progenie por los Signos Invisibles. Quien es Sangre de la Progenie posee los siguientes Sellos:

XX. Aleph. Un Conocimiento que nadie les ha dado, sino que vive en ellos, y que los lleva a la búsqueda de respuestas de lo que consideran interrogantes personales, pero que en realidad son impulsos por retornar a la Progenie.

XXI. Beth. Una familiaridad con el Misterio.

XXII. Gimmel. Un sentido de comprensión de lo exterior, gracias a una Sapiencia Interior. Esto se ve en la Marcas de sus manos.

XXIII. Los Protectores Revelarán su Misión al Discípulo en la Hora adecuada, y cuando esto sea Consumado, se escucharán los gritos de los Cuervos del Terror, como la Señal de que alguien ha Retornado con Nosotros.

VII

—Mh...

La curiosa exclamación me sorprendió. Yo estudiaba en la Reserva, cuando una investigadora observó mi trabajo al llegar a la larga mesa de estudio, con un volumen especial.

—El *Sanguinarium*... —susurró con énfasis teatral, al sentarse.

—¿Usted conoce el libro?

—Lo estudié a conciencia, hace unos años —afirmó, al abrir sus documentos y la *lap-top*—. Es una obra extraña, si decir eso la distingue de los libros que se guardan aquí.

—Llevo meses trabajando en ella —expliqué, y después de presentarme, añadí—: ¿Le interesaría compartir sus fuentes?

Ella me tendió la mano, con estilo profesional:

—Profesora Luisa Quintero.

Esa noche, en el cómodo rumor de las conversaciones en la cafetería de la Cineteca, en terrenos de la Universidad, mi colega, que removía su café con una cucharilla produciendo un tintineo, me dijo:

—Usted ya sabe que el *Sanguinarium* fue incluido en el Índice de Libros Prohibidos en 1560, cuando Fray José de Mendoza se hizo con un ejemplar, antes de él morir en condiciones extrañas que, como todo en la época, fueron relacionadas con la hechicería.

—Sí, es la primera mención del libro en México, septiembre de 1560, en el Diario de Fray José de Mendoza —confirmé—. En su foja 237 el fraile dice que no puede revelar cómo obtuvo el ejemplar, por relacionarse con el secreto de confesión. Puedo detectar que el *Sanguinarium* fue escrito en Italia, por un practicante de las Ciencias Ocultas llamado Malleus Arcanus, quien pertenecía a una sociedad secreta de herejes, la Cofradía del Dolor. Esta sociedad fue perseguida por las autoridades políticas y religiosas, aunque nunca atraparon a nadie, hasta su posible disolución en tiempos de Pío XII. El

símbolo de la Cofradía del Dolor es la psi que aparece en la portada del libro.

—¿Y sabe usted que existía una rama de esa sociedad en la Nueva España, una delegación o un Sitial, como lo llamaban?

No lo sabía, tampoco el nombre de sus ramas administrativas: *Sitial*. Aquello me hizo preguntarme qué había pasado por alto en mi trabajo, pero a la vez me ofreció una vía en una labor que amenazaba con estancarse. Mi colega preguntó, con seriedad:

—¿Usted cree en el libro, profesor Sodi?

Respondí que no, de inmediato, pues entendí su pregunta: Aunque yo no captara de momento los motivos de mi colega, ella deseaba establecer si me involucraba en mis actividades, con un motivo de fe personal. Existían indicios de que el investigador que hurtó el original, había actuado así, por creer en el libro. Es decir, por aceptar que fue escrito por vampiros y para vampiros.

Aunque en efecto, yo pensaba —no se lo dije— que algunos puntos del documento podían ser relacionados por mí con hechos vividos —mis encuentros con aquellos dos desconocidos encajaban con ciertos pasajes del libro, en las secciones que hablaban de cómo ellos buscaban a sus discípulos—, yo no estaba identificado con las teorías del *Sanguinarium*, es decir, que ni creía en sus afirmaciones, ni me percibía en situación estrictamente semejante; era una vaga impresión, que por otra parte, desechaba de mis pensamientos habituales; además, el sentido de las frases de ese grimorio podía aplicarse a muchas coyunturas de inconformidad existencial; en un sentido más amplio, esos textos no podían ser interpretados en forma aislada de su momento histórico, lo que significaba que no podían ser entendidos como realidades sino, como todo especialista tiene claro, productos de una sociedad: Eran importantes por la información que podía obtenerse de ellos con respecto a épocas históricas y a su idiosincrasia; la diferencia entre la realidad y la supuesta magia me era tan clara, que incluso aquellos acontecimientos de mi experiencia

que podían ser catalogados como sobrenaturales por parte de terceras personas, yo los había manejado de tal forma que sólo encontraba en ellos un valor episódico, al margen de mi sistema de vida.

—No creo en el.

VIII

Sin embargo, había ocurrido que investigadores de áreas poco comunes se vieran afectados psicológicamente por los documentos que debían analizar. Un caso típico era el del especialista que terminara por robar el GRIMORIO DE LOS VAMPIROS de la Reserva Especial, y quien tratara de reproducirlo en mediana escala —el incendio había ocurrido en una imprenta—, lo cual hubiera conseguido, de no haberse suscitado el accidente que le costó la vida. Afortunadamente para la Reserva, se había salvado la copia que yo estudiaba. Eso me hizo entender que, por su conocimiento del texto, la profesora Quintero había conocido al finado investigador, y que por eso me hizo esa pregunta sobre el creer. Ella deseaba determinar si yo también actuaba con alguna deformación profesional.

—No creo en el libro, en nada de él. Y yo me preguntaría si ustedes elaboraron un informe, profesora —le respondí.

No demoró demostrando que mi sospecha era cierta.

—¡Claro, lo elaboramos, claro que sí, pero no se lo van a dejar ver, querido!

Por empatía, entramos en confianza. Eso nos pasa a todos. Sabemos que la biblioteca que no guarda secretos, no es una biblioteca.

—Apóyeme, profesora Quintero, dígame usted, ¿dónde estaba ese Sital?

—Usted debe ver el modo de quedarse con el crédito del dato. Si se enteran...

—Eso sería un favor extra que usted me haría. Yo veré el modo, no de entrar, sino de salir del laberinto...

—En la carretera a Cuernavaca, kilómetro 25, pueblo de Santa Catalina Quinamítl. Ahí se encontró el Sital hasta 1560.

Eso era colaboración. Mientras yo anotaba el nombre del paraje donde había trabajado la cofradía a la que perteneciera el *Sanguinarium*, ella continuó:

—En el trabajo en que participé, como usted captó, tuve colaboradores —aclaró—, y nuestro malogrado coordinador era el más interesado. Él sí *creía* en ese libro, digo creer en el sentido de aceptar sus postulados. Decidió que el mundo debía conocer el mensaje del *Sanguinarium*. Ese es un problema, la peor deformación profesional, como usted sabe. Cuando pasó lo que lamentablemente pasó, el resto del equipo fue investigado y sometido a juicio interno, pero nuestra inocencia quedó probada. Nosotros pensábamos que actuábamos por órdenes de la Reserva, hasta que supimos que nuestro coordinador había sacado el libro, sin autorización. Yo casi desearía que también el único ejemplar que se salvó, hubiera desaparecido. Finalmente, a nosotros no nos sirve.

—¿Qué quiere usted decir?

—Verá: Hablé con el impresor, que nada sabía de la historia del *Sanguinarium* y que tampoco le interesaba, porque él solamente hacía su trabajo. Me dijo que, desde que el texto llegó su negocio, todo empezó a andar mal. Eso porque, diariamente, nuestro coordinador llegaba a la imprenta con el libro —el impresor se dio cuenta de que era muy antiguo y por lo mismo, valioso—, y en esos momentos, las máquinas fallaban o se apagaban... Por cierto, ¿usted se pregunta por qué el libro fue hurtado físicamente, en vez de robar una copia electrónica? ¿Sí, verdad? Además, ya se ha dado cuenta de que la reimpresión que estudia, no es del original, sino la versión bilingüe. Es que nuestro coordinador suponía que el grimorio, el objeto en sí, poseía alguna clase de poderes. Él fue el autor de la versión en español. Nos dejó ver sus ideas la tarde del incendio, con lo cual supimos que él no andaba nada bien. Los demás fuimos a la imprenta, hasta ese día. El impresor me

juraba que en una ocasión, en cuanto el libro entró al negocio, los aparatos se apagaron solos. Buscó la razón de la falla, durante horas, hasta que llevado por la única posibilidad restante, pidió a nuestro coordinador que sacara el libro del local... y las máquinas se encendieron, de nuevo, solas. Después fue más difícil: Cuando el impresor iba hacia la mitad del tiraje, la tinta se le secaba antes de aplicarla a los rodillos, las *offset* se detenían, las hojas se le atascaban. Cuando tuvo los primeros 100 ejemplares almacenados, la gente que pasaba por la imprenta, pasada la hora de cierre, tenía una sensación de miedo... sus ayudantes, cuando debían entrar después de horas de trabajo, casi corrían para volver a salir.

—Usted no puede creer eso.

—No, no puedo, pero los hechos son los hechos y siempre dejan un margen a la duda... ¿Sabe cómo se trabaja en una imprenta?

—No, lo desconozco.

—Es un trabajo duro que tiene sus tradiciones, sus rituales. Por eso usted no puede comprender lo que estos problemas significaron para esos impresores, ni la interpretación que les dieron. En lo técnico, digamos que cuando la edición está completa, también se entregan los sobrantes, es decir, ejemplares añadidos a la cantidad pagada. Cuando llegamos con el impresor, él me contó lo que acabo de referirle, y dijo que, a causa de tantos problemas, no existían sobrantes. Esto no les gusta, porque es un plus que dan a su trabajo. Entonces, como se supo después, en ese momento, cuando todos estábamos en la imprenta, ocurrió una sobrecarga de voltaje y se generó un incendio rapidísimo. En la primera intención, salimos. La aseguradora no pudo determinar que el suceso fuera responsabilidad del impresor, y lo indemnizó. Nuestro investigador pereció en ese accidente, al entrar al local para sacar el tiraje, a pesar de que varios de nosotros y algunos de los impresores trataron de detenerlo. Él tenía la convicción de que era protegido por el libro... El dueño del negocio, poco después, hizo llegar a la Hemeroteca el único ejemplar que quedó... el que usted estudia. Lo hizo por

deshacerse del documento. No se atrevió a hacer otra cosa, ni quería saber nada más de él. Tampoco supimos cómo ese ejemplar sobrevivió, pero ni siquiera huele a humo, ¿no es así?

Ella guardó silencio.

—¿Qué le sucede? —le pregunté.

Me miró con gravedad.

—Hay dos posibilidades —dijo—. La primera consiste en aceptar la tesis del libro, esto es, que el *Sanguinarium* fue escrito efectivamente por un vampiro, para ser leído por sus congéneres, y establecer así una identidad de doctrina en una sociedad de vampiros que lleva siglos extendiéndose por el mundo. Ese libro sería un manual de procedimientos. Si eso no es verdad, tenemos la segunda opción, que es la que me preocupa: Algún grupo, movido por razones económicas, está interesado en ese volumen y por eso destruyeron la reimpresión. El original se dio por perdido, pero nadie sabe con certeza qué sucedió... Y le han pedido a usted, cuando las aguas se han calmado, que lo estudie. ¿Quiere un consejo? Deje ese trabajo, busque que le asignen otro. Yo, ni creo, ni no creo, pero quizá haya cosas que sea mejor, no remover. Nuestro conocimiento de la Historia es muy incompleto, existen muchos episodios que ignoramos. Sólo hacemos nuestra tarea con dedicación para llenar los vacíos, pero en esos huecos puede haber otras cosas, que todavía se remueven. Supongo que todo acabó tan dramáticamente, y el hurto fue algo tan vergonzoso, que me dejaría alguna huella... No sé qué tanto soy la misma después de la experiencia, pues nosotros también vimos cosas extrañas, aunque me las callo... Doy la impresión de ser yo quien cree, ¿verdad? Los hechos crudos sugerirían que alguien quiso sabotear la salida del libro a la luz pública. Alguien también lo piensa en la Reserva, si no, ¿por qué nuevamente el interés por un texto que ocupa una importancia menor en el acervo? ¿Y por qué le ocultaron cierta información?

Pareció ver algo a lo lejos y levantó su taza de café.

—Oiga... ¿es usted casado o tiene algún compromiso?

—¿Perdón?

—No me tome a mal, no lo quiero conquistar. Tampoco quiero problemas... Creo que lo vinieron a buscar.

Seguí su mirada a través del cristal. Del otro lado, a la luz de las lámparas, se encontraba ella, la mujer que yo conocía, y que me observaba de pie, con atención intensa, con las manos en de bolsillos de su abrigo de piel negra, ignorando a la gente que salía de la cafetería.

—No la conozco —mentí—. Debe estar confundida.

IX

*Conversio Graecae Ab Olaus Wormius
Operis Al-azifae Arabis Abdulis Alhazredis*

En la página de la intranet de la Reserva, aparecía la portada del *Necronomicón*, con su famosa indicación: *Traducción del griego por Olao Worm — Obra Al-azif del árabe Abdul Alhazred*, antes de las presentaciones, en pantalla, de títulos como el *Neteria*, el grimorio *Opus Nigra* y bastante más abajo, el *Sanguinarium*.

Me disponía a salir de la Reserva para dirigirme al kilómetro 25 de la autopista a Cuernavaca, paso del que no había informado a la Fundación Milenium, para visitar la población que mi colega me informara. Para descansar, yo repasaba las páginas de los textos y me traduje la 377 del *Sobre la Oscuridad*, en su versión latina del siglo XIV:

Oculata la abominación busca la muerte para unírsele y sobrevivir al tiempo, porque entre las gentes hay muertos que asemejan formas de vida, pero que son el ropaje de la corrupción. Se fortalecen con sacrificios que nadie debe siquiera imaginar y atan como sus servidores a Seres de la Oscuridad. Estos Seres, los Nosferatu, hacen sus madrigueras en criptas execrables junto a los muertos que aguardan, junto a las tumbas de los hechiceros que esperan las conjunciones planetarias adecuadas, para revivir en carne dentro de sus sepulcros.

Al salir, cerca de la puerta, y llevando la mascarilla y guantes como si fuera un cirujano, me percaté de que había dejado el celular en el escritorio. Me dispuse a regresar por él, cuando escuché parte de una conversación, en la oficina del Director.

—¿... dónde está Sodi...?

—En la sala de lectura. ¿Qué pasa?

—... es increíble... me acabo de enterar de que la policía va a venir a buscarlo... anoche desapareció la profesora... por lo que sé, más de diez la vieron con Sodi anteayer, en la cafetería...

— ¿Cuál profesora, de quién me habla usted, por qué no se calma?

—... de Quintero, de la profesora Luisa Quintero... parece que está desaparecida, la última vez la vieron con Sodi...

—No puede ser, no es posible...

—Esto es grave, debemos asegurarnos que Sodi permanezca aquí...

Tomé conciencia de hallarme en la boca del lobo. ¿La policía venía a buscarme? ¿La profesora con quien hablé, estaba desaparecida? La conmoción casi me hizo doblar las piernas. No sé por qué, en vez de enfrentar la situación desde mi obvia inocencia, actué en forma completamente distinta. Al instante, me sentí culpable sin motivo. Pienso que fue por recordar a la mujer que se presentó afuera de la cafetería. Eso me hizo sentir implicado, como si tuviera relación con ella, por conocerla de esa manera extraordinaria. La sensación de ser el objetivo de un próximo hostigamiento, me confundió y me hizo desear hallarme lo más lejos posible. De pronto sentí que necesitaba tiempo, para lo que fuera, para buscar un abogado o sólo por defensa mental. Me di cuenta que no podía volver por el teléfono sin que me encontraran en el camino. Si lo veían en la mesa, me buscarían en ese piso, lo cual me daría unos segundos.

Llené la hoja de salidas en Vigilancia, aparentando tranquilidad pese a mi ansiedad, y tomé el ascensor. Las manos me sudaban e imaginaba que arriba me detendrían, pero abandoné el elevador y crucé el ajeteo habitual de los cientos

de estudiantes, que acudían a los ficheros públicos de la Hemeroteca.

Al llegar al auto, me encontré con una secretaria, que me saludó, bromeando:

—¡Buenas tardes, profe! ¿Ya nos vamos tan temprano?

Asentí, sin detenerme, y ella recibió una llamada por su celular. La oí claramente, asustada al contestar:

—... ¿el profesor Sodi? sí, está aquí afuera, licenciado... ¿cómo...? Llamar a los de Vigilancia, ay, Dios...

Sentí el giro que tomaba mi vida, hasta entonces meticulosa. Me vería envuelto en un problema de consecuencias incalculables, y aunque con mi actitud sólo conseguía atraer sobre mí, gratuitamente, las sospechas de la policía, me invadió una mezcla de impaciencia y de intranquilidad.

El teléfono. La secretaria tenía su teléfono y con él podía avisar sobre el rumbo que yo tomaría, desde el mismo estacionamiento.

Regresé y la sujeté por la muñeca. Ella frunció el ceño y manoteó para zafarse:

—¡Oiga! ¿Qué hace? ¡Suél... teme!

Le arranqué el celular y lo azoté contra el asfalto, para subir a mi auto, seguido por sus gritos. No sé cómo hice arrancar el vehículo, ni cómo evité estrellarme contra la caseta del estacionamiento.

X

¿Fue una necesidad de sosiego o un deseo de llevar aquel asunto hasta su término? Conduje a velocidad regular por la avenida Insurgentes, y al tomar la autopista a Cuernavaca, la cabeza me daba vueltas. Me formulaba un sinnúmero de teorías, sin conformarme con alguna: Imaginaba un complot con personajes de identidad incierta, llevados por motivos

todavía más imprecisos, en torno a algún secreto relacionado con el libro. Nada de magia. Ahí debía haber una razón que se escribía con signos de pesos, como parte del tráfico ilegal de objetos históricos. Aunque el libro era una edición moderna, su naturaleza de ejemplar único le daba grandes posibilidades en el mercado ilícito. Y sin querer, yo estaba implicado en ello, por haber hablado con una de sus investigadoras, ahora desaparecida. Si algún grupo delictivo había acabado con la vida del anterior investigador, y habían hecho lo mismo con la profesora Quintero, yo me hallaría en la misma línea.

En el fondo, sabía que, por más que nada me inculpara, no podría evitar el problema, y que ya había cometido el grave error de escapar, pues eso había hecho en el estacionamiento.

Por eso, pensé que si descubría algo de importancia, podría evitar lo que sospechaba: Que se me haría responsable por la desaparición de Luisa Quintero, o que yo sería objeto de algún ataque.

Sin embargo, yo no estaba en absoluto capacitado para salir indemne de un conflicto de esa índole. No destruiría una conspiración, como héroe solitario. Si existía algo así, posiblemente ahora me seguían, y me detendrían antes de unos kilómetros.

Por eso, primero sospeché, y después acepté, aunque en voz baja, que no huía para enfrentar algún complot: Deseaba descubrir un enigma con el que yo estaba relacionado, por haber encontrado sugerencias en el *Sanguinarium*... Aquellas personas que había visto, esporádicamente, durante años... La misma mujer, que ví la última noche en que se supo algo de Luisa Quintero...

I. Sus Protectores se hacen presentes y son visibles o invisibles a los mortales, de acuerdo con su deseo, y lo hacen así para dejar testimonio de su Presencia, que es la Presencia de la Cadena.

Si algo existía, lo encontraría en el kilómetro 25, en el pueblo de Santa Catalina Quinamítl. De lo contrario, estaría a salvo por un tiempo.

Conduciendo por la autopista, entré al Estado de Morelos, y llegué a mi destino en poco menos de 20 minutos. Las primeras casas de Santa Catalina aparecieron en el kilómetro 25, y resultó ser una localidad que no aparecía en los mapas turísticos, por su carácter menor; por fortuna, yo llevaba planos más detallados, que descargara de la intranet. Así, salí de la autopista y conduje por un camino de terracería, flanqueado por llanos áridos y escasas tierras de cultivo, que daban flacos maizales.

Me alejé de la carretera principal. Unos metros delante, noté un cambio: En la orilla del camino de terracería, algunos labriegos volteaban a mi auto, con suspicacia. Sospeché que en la localidad, a diferencia de la gente del Estado de Morelos, no serían cordiales.

A las cuatro en punto de la tarde entré al pueblo, al salir de una curva del camino de tierra, y directamente a la plaza principal, que era un zócalo bordeado de árboles, tras cuyo bloque sobresalía el campanario de una iglesia, dedicada a San Agustín —de acuerdo con el croquis que yo llevaba— y otros edificios de estilo antiguo, gris piedra.

Me hospedé en el Mesón del Viajero, que era un hotel de dos estrellas, algo deteriorado, y dejé el auto ahí, para no llamar la atención.

Al caminar por la calle principal, Simón Bolívar, atravesé lentamente el pueblo, y de acuerdo con otro mapa, éste obtenido en el Palacio de Gobierno, supe que esa vía albergaba la biblioteca y el museo de sitio. Mas al ir allá, mis esperanzas se frustraron: La biblioteca estaba vacía, incluso tapiada, al igual que el museo.

Me di cuenta de un extraño ruido que dominaba al poblado. Lo principal era el ajetreo normal: Rumor de radios y televisores encendidos, automóviles en tránsito y conversaciones en negocios abiertos y casas. En la plaza central, a donde llegué sobre Simón Bolívar, había bastantes personas, solas o en compañía, entre los vendedores que ofrecían alimentos o caramelos, rodeados por palomas que echaban a volar; pero sobre ese constante murmullo y encima de los

árboles de la explanada, se filtraba otro rumor, éste, áspero, cortante. Lo identifiqué: Graznidos y aleteos en las alturas, provocados por una extensa masa de cuervos negros, que parecían pequeños en la altura. Una gran bandada de cuervos volaba en el lindero de la plaza, cerca del campanario color arcilla, de la vieja iglesia.

El plumaje negro de los cuervos brillaba por el sol de la tarde, al volar en cúmulo. La bandada describía círculos sobre la aguja del campanario, y sus gritos ocasionales alcanzaban el zócalo.

Fui a uno de los extremos de esa plaza, cuando descubrí que los cuervos que sobrevolaban el campanario en círculos, se alejaban, sólo para regresar. A varios cientos de metros al Oeste —deduje que sobre el cementerio, de acuerdo con el mapa local—, otra gran bandada repetía ese tipo de vuelo.

Al estudiar el mapa con mayor detenimiento, comprobé mi impresión: Esos cuervos iban de la iglesia de los Agustinos, al camposanto, en recorrido constante.

Posiblemente era una conducta natural, pero el *Sanguinarium*, ¿no hablaba sobre los Cuervos del Apocalipsis, visibles cuando el Arcángel de la Noche aparecería al frente de ellos, las Aves del Presagio? Después que Gabriel hiciera el primer anuncio del Final, el Arcángel Sombrío enviaría a sus Cuervos sobre el mundo, para anunciar la aparición de la Progenie, en legión, quien heredaría la Tierra.

La presencia de esas aves sobre la iglesia me dio una idea: Sin biblioteca, ni museo, y como difícilmente hallaría algún dato de relevancia bibliográfica en el cementerio, era en esa iglesia donde yo debería indagar: Algún dato, algo que me sirviera para comprender lo que sucedía, fuera normal o no. Al dirigirme al templo, una anciana me observó con atención hostil, pero no supe a qué atribuirlo, mucho menos cuando ella se santiguó, parsimoniosamente.

XI

Me presenté con el párroco de la iglesia de San Agustín, como investigador, para solicitarle acceso a sus archivos, como si yo tuviera conocimiento de su existencia, lo que no era así. Y di en el blanco, los archivos existían, pero antes de verlos, respondí a más de veinte preguntas y mostré todas mis identificaciones de la Fundación Milenium... que sin duda ya no eran válidas.

De mal talante, el párroco me condujo por el corredor de los claustros, entre un intenso olor a humedad. Los novicios ocuparon esos retiros durante el siglo XVIII y hoy almacenaban los registros.

—Desde 1840 el Seminario está en la capital del Estado —explicó el religioso, cuando abrió la puerta de una estancia.

En destartalados archiveros apilados contra los muros, se guardarían, supuse, los títulos de la fundación del pueblo, que se remontaba a 1530, y de los documentos primarios de la iglesia.

Al quedarme solo, me puse a trabajar. Los años de entrenamiento me permitieron localizar los registros que me interesaban; aquellos que habría pasado por alto un investigador menos avezado.

XII

Los archivos de la población consignaban los relatos prehispánicos de la localidad de Quinamitlán. De códices destruidos, velozmente copiados para preservar sus conocimientos, se conocía la existencia de los Emisarios de Ehécatl, que en la meseta llegaban con el Viento del Poniente, en tardes de tormenta, para robar el aliento de los viajeros y de los mercaderes mexicas, los pochtecas, quienes, cuando podían, evitaban ese tramo de ruta entre Tenochtitlan y Cuauhnáhuac; documentos posteriores hablaban de las

apariciones nocturnas, que asolaron a los primeros españoles que se establecieron en la zona; acerca de las desapariciones en la Encomienda de Don Sebastián de Organza; los testimonios de quienes vieron regresar a los difuntos de sus tumbas, en el siglo XVI, para alimentarse con la sangre de los aldeanos; la visita del Obispo, al concluirse los trabajos de construcción de la iglesia de los Agustinos, para alejar definitivamente a las Presencias, una vez arrasada la Encomienda; toda esa historia se encuentra en los miles de legajos que se guardan en los archivos de Santa Catalina, y que está a la espera de ser reconstruida. Mas yo no tengo tiempo.

No tengo tiempo porque cuando caía la noche descubrí que el Sital, la sede de la Cofradía que escribiera el *Sanguinarium*, había estado precisamente... en el mismo lugar donde hoy se encontraba la iglesia de los Agustinos. Ahí se había erigido la Encomienda de Sebastián de Organza, quien trajo la filosofía de aquel grupo, la Cofradía del Dolor, desde Italia: Ese dato se revelaba en una casi destruida acta inquisitorial. Cavilé: Terminada en 1600, la iglesia agustina no se levantaba sobre algún templo prehispánico, como era la práctica, sino sobre los restos de una Encomienda que, por lo que yo sabía, se dedicó a rituales de tipo vampírico... En 1555, Fray José de Mendoza, dominico, inquisidor, había llevado a cabo un juicio por hechicería en contra de Sebastián de Organza, quien tenía años preso del Santo Oficio y era sometido regularmente a tortura. El fraile, después de la ejecución del ex encomendero, hizo arrasar la Encomienda, propuso levantar en su lugar una iglesia y... se guardó un ejemplar del *Sanguinarium*. Esto último era especulación, pero era la respuesta más plausible a la interrogante planteada por el fraile en su propio Diario, donde admitía tener un ejemplar del grimorio, obtenido en una circunstancia relacionada con el secreto de confesión. ¿Quién podía habérselo dado? Organza, sin duda, a cambio de una muerte rápida, disfrazada de arrepentimiento ante la hoguera.

Eso dejó de interesarme. En el legajo yo veía un grabado de Sebastián de Organza, descendiente de los llamados conquistadores... y descubrí que Sebastián de Organza era el sujeto

que yo conocía, el mismo que viera en aquel bosque, en las calles, desde la infancia y hasta ahora.

No supe qué hacer. Había pensado en revisar los registros más recientes, para buscar alguna conexión con los hechos en que me veía envuelto, tal vez una pista sobre quiénes estaban interesados hoy en el libro. Pero sentí que había hallado lo que buscaba, en un sentido interno. La incredulidad y la aceptación luchaban en mí.

Un par de manos me sacó de mis cavilaciones. El párroco, a quien no escuché entrar debido a la concentración con que yo leía, me quitó el pliego.

—No, esto no —gritó— ¿Qué vino a hacer aquí, quién es usted, qué está buscando?

Salió al corredor y señaló insistentemente hacia la puerta, con afectación, abrazando el legajo.

—Váyase, váyase si no quiere que llame a la policía...

Al tener presente mi precaria situación, pese al enojo por su reacción, preferí salir. Lo escuché seguirme, y cuando salí al patio, me llevé una sorpresa: Anocheecía, y decenas de personas ocupaban la pequeña explanada del templo. Me alarmaron las miradas hoscas de los habitantes de Santa Catalina. Me sentí descubierto. Creí que había llegado la policía, desde la capital. Con haber visto el historial de archivos de mapas que yo descargara, darían conmigo.

Entendí el motivo de la ansiedad de los vecinos, al escuchar un sonido conocido: La enorme bandada de cuervos no sobrevolaba la iglesia, sino que estaba posada a lo largo y ancho de su fachada, en número alarmante. Me di cuenta del tamaño de las aves. Eran enormes, de plumaje negro que contrastaba en velo sobre la piedra calcárea del campanario y la portada de la construcción El grito acusador de una mujer rompió el silencio:

—Fue ése, ése los trajo.

Se soltó una gritería, salpicada por frases claras.

—... No nos gusta la gente de fuera...

—... por qué no se larga, que se largue...

—... que se largue...

—... llegó cuando esos cochinos pájaros regresaron...

—... yo los vi, venían detrás de su coche...

Las voces se convirtieron en algo más alucinante, cuando la anciana que yo viera santiguarse en la plaza, gritó con voz estridente. Todavía llevaba su bolso del mercado:

—Las manos, tiene la señal en las manos.

—¿De que habla, señora? —fue lo único que dije, nervioso e incómodo, pero con deseos de salir corriendo.

—No lo niegues, desgraciado —espetó—, las tienes en las manos, todas esas cruces en las manos... Es la seña de los aparecidos.

Alguien quiso tomarme las palmas, pero me zafé. La actitud ofensiva del párroco y el desquiciamiento del que yo era objeto, además de preocuparme, me enfurecían por su carácter extremo. ¿Esa señora me había visto las manos, cuándo? ¿Y qué había visto en ellas?

—¿Qué les sucede? ¿Le molesta que esté aquí? —dije—
Pues me voy.

—Espérate —dijo otro, más robusto que los demás—.
¿Qué te traes por aquí? ¿De dónde viniste?

—Yo...

—¡Habla fuerte, infeliz!

—Si me dejan, se los diré...

Se desató un griterío.

—Llamen al padre.

—No, a la policía...

—Nada de eso, aquí nos lo vamos a...

El párroco salió al atrio.

—¿Qué vino a hacer éste, padrecito? —preguntó
alguien, a voz en cuello.

El párroco volvió a hacer el gesto con el índice:

—¡No le hagan nada, hijos, pero que se largue de aquí!

Se formó una valla a mi alrededor.

—Se fue a quedar en el Mesón —gritó un muchacho.

—Saca tu coche y lárgate, infeliz. Tantito te tardas y
verás cómo te va.

Algunos me siguieron, vigilándome, hasta el vetusto Mesón del Viajero. Me apresuré a ir al estacionamiento, sospechando que las palabras del párroco podían perder su efecto, pero al cruzar la recepción, me ocurrió lo peor que podía: El noticiero y una coincidencia.

Un comentarista veía a la cámara:

—... y algo increíble, por lo inusual del suceso: Hoy, esta misma tarde, en una biblioteca especializada, cuyo espacio es concesionado por la Hemeroteca Nacional a la Fundación privada Milenium, un investigador reconocido en los medios bibliográficos se encuentra prófugo de la justicia.

Su voz cambió por la de un reportero, sobre una toma del estacionamiento de la Hemeroteca:

—A las 14:55 de la tarde, Rodolfo Sodi...

Los que me seguían, quedaron viendo la pantalla del televisor. A través del cristal en la puerta que daba al estacionamiento, se hallaban otros vecinos.

—... y esta es su fotografía —prosiguió el comentarista—. El hasta hoy investigador salió de la Hemeroteca, abandonando las instalaciones e hiriendo gravemente a una secretaria, al escapar del personal de Vigilancia, el cual debió protegerse en la caseta del estacionamiento local, para no ser arrollado. Esta salida del especialista no fue como la de todos los días. Rodolfo Sodi sustrajo de este importante archivo una serie de documentos que poseen un valor extraordinario en el mercado negro de las publicaciones. Y eso no es todo. Al parecer, Rodolfo Sodi se encuentra implicado en un crimen en contra de la también investigadora Luisa Quintero. Las autoridades capitalinas han desplegado sus efectivos...

Los vecinos en la recepción habían visto mi fotografía en el televisor. Yo no tendría tiempo de alcanzar el auto. Me encaminé a una puerta trasera. A punto de cruzarla, oí de nuevo al comentarista principal:

—¿Muy grave este caso, no crees, Silvia? Y muy extraño...

—En efecto, Roberto, es muy grave, y se ha organizado una búsqueda por la ciudad, aunque se teme que el

sospechoso, contra quien se ha liberado orden de presentación, haya abandonado la capital de la República: Ésta es nuevamente la imagen de Rodolfo Sodi, la tienen ustedes en sus pantallas, y para cualquier información sírvanse comunicar a los teléfonos de la Procuraduría de Justicia...

El silencio que acompañaba a las palabras de los comentaristas, tenía algo de terrorífico.

La calle lateral del Mesón estaba desierta, a donde salí por la puerta secundaria. Corrí por la avenida a oscuras, sintiendo la ira del pueblo crecer, igual a la de un animal salvaje, pero también mi propia rebeldía, al sentirme amenazado injustamente por los habitantes del lugar.

Avancé sobre un largo camellón, donde se levantaba una fuente detenida. No tenía idea clara de a dónde dirigirme, pero necesitaba alcanzar algún límite del pueblo, cercano a la carretera. Temí que no tendría tiempo.

Sonó un disparo, lejano. Con manos sudorosas, saqué el mapa turístico y reconocí que continuaba en Simón Bolívar, por donde corría el camellón, y del que supe debía salir de inmediato. La vía terminaba, en el extremo opuesto a la ubicación del zócalo, en un descampado. Más allá se levantaba una fábrica, a la orilla del camino de terracería que se remontaba a tiempos del Virreinato. Pero el tiempo se me acabó mucho antes de lo que esperaba: Unos metros detrás, un par de niños me señalaron, seguidos por una muchedumbre mayor que la que me recibiera afuera de la iglesia:

—¡Ahí está, va para allá!

—¡Quédate ahí! —me gritó un adulto.

Corrí, inclinado, al tiempo que escuchaba una serie de chasquidos, semejantes a los de cohetes de fiesta. Era algo mucho más grave. Mi vida pendía de un hilo. No tenía caso que alegrara mi inocencia, cuando apenas había evitado la agresión en el atrio.

Un grupo compacto de árboles se levantaba al frente, al término de la avenida, detrás de un alto parapeto de piedra. Yo debería estar relativamente cerca del camino de terracería conectado con la autopista, por donde había entrado al pueblo,

aunque de ahí me separara ese descampado bardeado. Tal vez habría gente custodiando la zona, pero creí que podría detectarlos, pues no se internarían fácilmente en la cercanía del que fuera Camino Real, origen de las historias prehispánicas sobre aparecidos relacionados con el viento, y de los muertos redivivos, del tiempo de los encomenderos.

Con los sentidos alerta de miedo puro, de un llano instinto de sobrevivencia, corrí, atravesando un acceso sin portal en el muro de roca, hasta quedar a cubierto, entre árboles. Los gritos quedaron atrás, pero se acercaban. Con unos pasos, vi donde estaba, por las lajas de piedra y los signos de madera: Era el cementerio.

XIII

Jadeando por la carrera, escudriñé el espacio, para decidir, rápido, a dónde dirigirme.

—Llegaste puntual —rió una mujer, desde las sombras de los crucifijos.

Me habían encontrado. Reduje la velocidad, y sin mirar a la voz, caminé hacia el extremo del área. Poco a poco, capté lo que sucedía. Quién me hablaba.

—Llegaste, no corras más —insistió ella, suavemente—. Éste es el sitio.

Una figura salió al clarooscuro que las criptas proyectaban. Nadie del pueblo. Era ella: La mujer que veía desde hace años, en las calles, afuera de mi ventana, y aquella noche en la cafetería, antes de la desaparición de Luisa Quintero.

—¿Quién eres, qué quieres? —le pregunté, nervioso y hastiado, encarándola, deseoso de aclarar la situación para siempre.

Ella se acercó poco más, y algo en su actitud pareció la del enamorado que sigue a su pareja, cuando presiona con una actitud dócil, pero tenaz:

—Estás aquí porque debías llegar —susurró, caminando de lado a lado, a unos metros de mí, como acechando—. Esta hora se encontraba en tu destino. Hiciste todo correctamente, para llegar aquí, esta noche.

Yo podía, ya, hablar en un nivel más complejo de conversación.

—Y tú te has asegurado que yo llegara —afirmé—. Y por qué no llegó a este punto el otro investigador, el que robó el libro. Él estaba convencido, aunque ustedes lo mataron.

—Él enloqueció. No era uno de Nosotros, aunque habríamos admitido su colaboración, de no haberse precipitado. Entendió mal su papel, un caso de deformación profesional. Tuvimos que borrar sus errores. No tenía por qué haberse llevado Nuestro Libro, ni tratar de propagar la Nueva, pues eras tú quien debía hacerlo. Tú eres uno de Nosotros, eres un Rescatado. Lo sabíamos, Organza y yo, y quienes me han enviado, la Cofradía del Dolor.

Ella emanaba un poder de seducción que logró, contra mis deseos, detenerme, pero conservé presencia de ánimo. Algo en la armonía de sus facciones obligaba a verlas, a deleitarse con ellas.

—Y si es así, ¿por qué no lo acepto? —pregunté— ¿Por qué no me identifico con eso, por qué no hay nada en mí que sea similar?

—Sí lo hay. Por ejemplo, tus manos. ¿Las has visto? Quien las notó fue el dueño del Mesón. Él se lo dijo a la anciana. Todos por aquí conocen esas leyendas.

Recordé a la anciana que habló de mis palmas, como si contuvieran un signo acusador.

—¿Crees que no conozco mis manos? —espeté— Están llenas de líneas entrecruzadas.

—Exacto. Cruces, encrucijadas, por todas partes, y alguna cerca de la base del dedo cordial —sonrió la mujer—. Ese es uno de los Signos. Hablan de la vida atormentada. Es porque muchos de Nosotros viven en el Día, siempre inconformes, siempre con la certeza de ser ajenos a la normalidad del mundo. Saben que son parte de otra cosa. ¿Por qué tú no lo sabes? Es fácil. Porque *todavía* no lo sabes.

—Sé que si salgo vivo de este pueblo, todavía debo enfrentarme a la policía.

—No. Lo que llamas “policía”, ese problema, sucede en otro mundo. El objeto de llevar a ti las sospechas de la policía, era impulsarte a salir de la ciudad y encontrar lo que aquí has hallado.

Los cuervos sobrevolaban el cementerio, en bandada hacia la iglesia. Los señalé.

—¿Y eso? ¿Qué significa eso?

Ella rió de tal modo que me produjo escalofrío, pero también un calor de placer en el estómago.

—... Ése es uno de tus errores, amor mío... Durante todo el día han intentado avisarte... Primero, de dónde estaba el enclave del antiguo Sital, es decir, en la iglesia. Segundo, de dónde debías refugiarte, eso es, aquí, en el cementerio. Les pedí que te dijeran que aquí estaba yo. ¿Entiendes ahora?

—Fray José de Mendoza —solté, sin otro motivo que ganar un tiempo con el cual, en realidad, no sabía qué hacer, excepto continuar indemne—. El inquisidor que arrasó la Encomienda. Organza regresó y acabó con ese fraile, ¿verdad?

—No. Del fraile Mendoza, me encargué yo. Era tan ridículo... —sonrió— Nadie sabe que él mismo se quitó el crucifijo, para que yo lo abrazara. Pensó que le daría el Don. Fue un magro bocadillo.

—Yo no deseo ser uno de ustedes —fue mi última defensa.

—Yo estoy aquí para salvarte de ese error...

No vi cómo se me acercó. De hallarse a varios metros de distancia, en un segundo, la tuve de frente, sin verla recorrer el espacio intermedio. Al abrazarme, un placer avasallador me dominó y sensación fue más exquisita o más aterradora, cuando la desconocida me besó en la boca, con deseo invencible, y al instante, me descubrí besándola, también, aterrado, pero invadido de placer. Tuve la conciencia de que yo, durante años, secretamente había deseado besar a esa mujer. Y ella lo sabía. Fue un beso codicioso, una experiencia que aumentó mi excitación al sentir, tras la suavidad de sus labios,

la dureza de sus largos y marmóreos incisivos. Olvidé dónde me encontraba, pues en ese momento ella fue hermosa, terrible, y estuve seguro de que yo moría, cuando me mordió en el cuello; y sentir que ella sorbía la sangre de mis arterias, ser estrechado por sus brazos como hiedras, sentir su rostro en mi cuello, su no dejar respiro, me arrancaron un grito; todo era tan tirano que el suave toque de algunos de sus cabellos en mi rostro, fue enloquecedor, un contraste de sensaciones entre el ímpetu y la delicadeza, que me hizo escuchar mis gritos, como si vinieran desde lejos, cuando cayó la última barrera de mi sensatez. Algo en mi interior sabía que ese momento era algo sabido, algo que llegaría, y lo reconocí.

Todo terminó. Ella se incorporó. Yo estaba acostado sobre la hierba seca, jadeando, y la mujer a horcajadas sobre mí, observándome, ahíta, con los labios rojos de sangre.

Un frío absoluto me invadió. Sentí en los oídos, mis latidos acelerando, hasta que se convirtieron en un rumor sordo que se esfumó y me dejó flotando en la oscuridad. Yo agonizaba. Al despertar, todo a mi alrededor se dibujó, de manera más clara. Los detalles de la oscuridad se hicieron visibles, cuando mi vista y mis sentidos se alertaron. Acababa de nacer.

Y lo que hizo la diferencia fue el *conocimiento*. Una claridad no sólo de sentidos físicos, sino de sapiencia, regresó a mí, igual a recordar. Entendí el *Sanguinarium*, y los secretos de la noche, y mi pertenencia a Ella, y supe cómo dirigir mi voluntad, para imponerla: Una mirada atenta hacia los ojos de otro ser, con la atención fija en mi plexo y la garganta; en la mente, la imagen del deseo consumado... pues así la Progenie caza a los mortales.

Me levanté. Y en aquella noche en el manto de las sombras, entre los árboles teñidos de nubes rojas y ese constante latir del horizonte, en presagio; en aquella noche de sepulturas y cadavéricos escombros; en aquella noche helada, de estrellas heridas; en su palio de tinieblas sobre el cementerio, al margen del pueblo donde la ira rondaba en forma de voces y tumulto, otra ira, ésta más oscura, más roja,

más poderosa, alada y hostil, voló en mi interior y sobre la campiña, agitándose en marea negra de péndolas y picos, arrancando ecos a la inmensidad desierta. Y la vi y la reconocí, e identifiqué a la parvada de cuervos, que parecía alejarse, pero que se reorganizaba, esperando que la llamara, dibujando un amplio rizo negro, brillante por las pulsaciones de la distancia, de incipientes relámpagos. Eran los Cuervos, mis Cuervos, las aves de venganza que acudirían, como lo prometiera el Maestro, para caer en vorágine sobre el pueblo que no me diera cuartel. Ésta era mi hora. Los Cuervos volaban, en noche de helados cantos de represalia, en descenso de oscuro plumaje sobre el camposanto, graznando en promesa que se cumplía. Y los llamé, cuando los habitantes del poblado se acercaban, superada la incertidumbre que las causarían mis anteriores gritos:

—Aquí... —susurré— vengan aquí...

Aquel experto, el investigador malogrado en un extraño incendio, buscaba difundir la Nueva, pero de forma equivocada y por lo mismo, inhábil. Confundido, él deseó propagar la noticia, afirmar ante el mundo la existencia de una raza destinada a sobrevivir a la humana y a alimentarse de ella, cuando caen las sombras, en estos días cercanos al Apocalipsis... ése fue su intento, superior a sus fuerzas, pues implicaba dar datos concretos sobre la existencia de una cofradía de inmortales, donde su plan de reproducir la obra, resultaba banal, impráctico. Fue más un producto de la ansiedad, que de la capacidad. Mas yo no alertaré a ser humano alguno. *Porque yo pertenezco a la Progenie.*

Entre las lápidas de aquel cementerio, lo comprendí todo: Las apariciones que puntuaban mi vida. Los rasgos de mi carácter. La anciana que habló de la señal en mis manos, esas encrucijadas que sellaban las palmas. Porque la anciana conocía una historia que venía desde siglos atrás, que las cruces en las líneas de las manos eran uno de los signos de la Progenie. Y sobre todo, los cambios que yo experimentaba... aquel despertar... una sed apremiante... Mi levantarme de entre los muertos en la noche sombría, en medio de las losas. Mi

inmediata comprensión. La apertura de mi conciencia, como recordar que los Cuervos no eran mis enemigos, que todo el tiempo buscaban avisarme, porque eran mis aliados...

—*Has vuelto a nosotros* —susurró ella; y su voz se fue en el aire.

—¡Mírenlo! ¡Ahí está!

Los habitantes del pueblo, armados algunos, habían llegado al cementerio después de engrosar sus filas y armarse, pues me habían visto entrar. Varias teas dibujaban a la muchedumbre en enfurecido movimiento.

Atravesaron, en tropel, el acceso del camposanto, vociferantes. Palas y picos se levantaban, en desorden, sobre las cabezas. Algunos traían rifles. Una sonrisa me atravesó la boca. Era desdén o ataque, no lo supe al primer instante, pero me lo reveló el júbilo y la ira: Era el placer inmenso de tener a mis enemigos en mis nuevos dominios, en la embajada de la muerte que era el cementerio.

¿Saben? Ellos se habían comportado con intolerancia, con agresividad, con escándalo, sólo porque yo era un fuereño. Hasta antes de conocer las noticias, carecían de motivos para atacarme. Con cualquier otro se habían comportado igual, sólo por considerarlo distinto, en el juicio de que todo lo diferente representa una amenaza a la integridad física y mental, al orden social. Sólo por desconocimiento disfrazado de virtud, los intolerantes recurren a la hostilidad o la abierta aversión. Con los que hubieran llegado después, ese pueblo habría actuado igual. En mi caso, tenían la base de que yo parecía responder a sus temores atávicos. La paradoja... ah, amigos míos, hermanos, condiscípulos, es que en eso... *sí tenían razón*.

El empuje de quienes venían detrás, hizo que los primeros entraran al camposanto, cuando lo que empezaron a desear era volver, al distinguir la nube de cuervos. La anciana me señaló, y su voz aterrada se distinguió perfectamente en la confusión de quienes veían a las alturas.

—¿Qué le pasa, madre, está bien? —preguntó, con masculinidad protectora, el que me interrumpiera en el atrio; entonces él también vio hacia arriba.

Una corriente de aire azotó la hojarasca y golpeó contra los mármoles, contra sus efigies dolientes. Los cuervos estaban tan cerca que su aleteo removía las hojas de los sauces.

No me hacía falta voltear.

Escuché sus graznidos, el agitar de una pleamar de alas negras y picos de cuchillo con ojos de faro. Los cuervos, mis amados cuervos.

Alcé la mano izquierda, mientras la multitud se descomponía al ver a los negros cuervos, dotados de una inteligencia superior. Los vellos de la nuca de la muchedumbre se erizaron, como parte de un fenómeno que se debía en todo momento a una diferencia de las cargas eléctricas entre el suelo y las nubes. Y la anciana no dejaba de señalarme, cuando salí a la luz de sus antorchas:

—¡Los ojos le brillan, es un Pactado de los Cuervos!

Algunos se santiguaron al verme, otros me observaron, desencajados, pero la mayoría se empujaba, sin orden, debido a que algunos notaban a las aves, pero otros, no. Y cuando estuvieron así, justo en el punto donde se hallaban inermes por el embate de su propia ira, dejé caer la mano izquierda, y los señalé con el índice, al tiempo que gritaba:

—¡Los ANIQUILO!

Un relámpago tronó en el cielo, iluminando las nubes, en presagio espectral. Y la parva de cuervos, en torrente, en niebla, en saetas de picos cortantes, cayó en alas de noche sobre la muchedumbre, en nutridos aleteos y graznidos violentos que arrancaron gritos, alaridos de dolor, todo con un extraordinario sabor a placer.

El mismo sujeto que me interrumpiera en el atrio de la iglesia, me observó con una mezcla de miedo e ira, y tras un titubeo se lanzó sobre mí, con una pica en las manos, inclinado, para evitar al enjambre de cuervos que ya arrancaban alaridos a los vecinos. Eso yo lo conocía, el Signo del Rechazo, que los humanos creen signo diabólico, cuando en realidad es todo lo contrario, un contraconjuro: Extendí un brazo, y lo señalé con el índice y el meñique, pues el segundo recibe la fuerza negativa, y el índice la devuelve. El sujeto salió disparado hacia

atrás, igual a que si recibiera un golpe en el tórax, pues eso sucede efectivamente, y voló unos metros para caer sobre una lápida, y los Cuervos cayeron sobre él, para trozarlo.

Alcé la mano izquierda y la bajé, señalando en dirección al distante zócalo. Hubo otro relámpago, un parpadeo en la capa nublada, seguido por una pausa expectante que culminó con un trueno, ensordecedor, que laceró de luz, las grises nubes.

La calle principal se iluminó con una esfera de fuego eléctrico y una serie de rayos tocaron los edificios cercanos. El choque de las descargas azotó a la muchedumbre, en desbandada, perseguida por la furia de los cuervos.

Esta era la hora de la venganza. La venganza de la Cofradía del dolor.

La entrada del cementerio estaba tapizada de heridos graves, de colapsados, y caminé entre sus cuerpos caídos. Yo, no tenía prisa. Las primeras llamaradas se levantaron en las casas, lenguas ardientes en un baile de claroscuro que hería las siluetas de las edificaciones, sobre las cuales el enjambre de cuervos volaba, negro en los resplandores. Más allá, arriba, la Luna vibraba, amarilla, sello de fatalidad, cruzada por una larga nube oscura, de seda mortuoria, y yo reí, reí y reí al caminar por las calles quebradas, persiguiendo a los humanos que intentaban escapar en mancha informe de alaridos, y reí por sus estúpidas tentativas y su insolente mezquindad; y reí por sus temores y sus ambiciones; y reí de su llanto y de su risa. Pues en ese momento, precedido por los Cuervos que arrancaban ojos y devoraban rostros, yo era el Emisario del Sombrío Arcángel, que es Emisario de la Muerte, quien reirá cuando el tiempo sea cumplido y las torres de oro y jade se derrumben.

En las calles, divididos en enormes grupos alados, los Cuervos atacaban el cuerpo y los ojos de los humanos, que aullaban, corrían y morían, pues los Cuervos Nos obedecen, pero los humanos los han criado. Todo: La calle principal, el Palacio de Gobierno, la biblioteca y el museo de sitio que servían como inútiles refugios, y las otras calles, Ramón

Berenguer, Amado Nervo, Pérez Galdós, ardían sin control, devoradas por altas llamaradas que iluminaban las aceras, tapizadas de muertos y heridos por el ataque de los cuervos.

Las nubes se cernieron sobre casas y edificios públicos, mientras los Cuervos se desataban entre un aparato de relámpagos, bajo un cielo destellante y sin lluvia. Disparos tronaban en diferentes puntos, entre las casas iluminadas, y algunos vecinos, replegados a sus domicilios, se defendían de la entrada de las oscuras aves por las ventanas, con herramientas de construcción o de labranza; pero los Cuervos Espectrales dominaban la noche y no podían ser heridos.

La multitud corría en turba, por las calles incendiadas, atropellándose y gritando, pisando a los que caían; también los aplastaban contra cercas y paredes, entre llamaradas que resplandecían en la oscuridad, bajo la marejada de Cuervos que graznaban con furia. Las aves se dividían en grupos, que descendían en picada, sin dejar un pasaje a salvo: En los callejones, en las plazoletas, en la fábrica y a lo largo de los sembradíos, por los llanos que los antiguos mercaderes rehuyeran para evitar que el Viento del Poniente robara sus alientos; los cuervos eran siluetas de un negro intenso destacado en la oscuridad. Llantos y los alaridos de dolor llenaban el pueblo. Los Cuervos aleteaban en sombras de muerte por el camino de terracería, devorando los ojos de los caídos, asediando las caras. La sangre cubrió las aceras, formando ríos que marcaban los surcos entre sus piedras, para trazar las facciones de un dios oscuro e inmemorial nacido antes del tiempo, un Arcángel de devastación cuyas alas eran los árboles de la plaza, incendiados en atalayas rugientes, móviles, brazos ardientes que imprimían, en los muros de los edificios, sombras de fulgor trágico.

Salí a la iglesia de los Agustinos, donde muchos fieles se refugiaban, y en donde los cuervos entraban en bandadas. Yo respetaría sus archivos, pues el lugar me era importante, porque guardaba una memoria, y la memoria es valiosa; porque los humanos olvidan, está en su naturaleza el olvidar. Pero Nosotros somos la Memoria del tiempo.

Encontré al párroco, cuando me alejaba de la plaza. Me dirigió una salmodia y aquello me fue tan divertido.

—Yo sabía que vendrías —gritó, sudoroso, recortado contra el resplandor de las llamas y el graznido de los cuervos—. Durante años supe que vendrías, pero te ocultaste astutamente, como los de tu ralea. Llegaste con aspecto de cordero indefenso para saltar como lobo, y hacer lo único que puedes, destruir a las almas de bien.

De los incendios, brotaban corrientes de aire quemante, que arrancaban reflejos espectrales a las casas.

—Y tú, ¿no debías cuidar a tu grey? —le pregunté— Pero en el atrio te pusiste del lado de su ignorancia y de sus pecados. Alimentaste su miedo. Y me esperabas sin estar preparado, aunque conocías las historias, mejor que nadie. Sólo crees ahora, al final. Por eso no velaste para impedir mi llegada, anunciada durante siglos. Y aun así, ignorabas cuál era mi misión, pues yo no vengo a destruir, *vengo por lo que me pertenece*. Tú también eres mío, tú eres parte de mi rebaño. Sebastián de Organza me los ha encomendado. Los Espíritus del Viento me los han otorgado. Esta es la venganza por haber atacado a la Cofradía del Dolor.

Me acerqué a él, quien lanzó un aullido.

—Tú también eres mi alimento... —le prometí.

Quedó el silencio, acompasado por el crepitar de las llamas. Y los alaridos, lejanos. Y el graznido de los Cuervos, en el poblado.

XIV

Mucho antes del amanecer, el pueblo continuaba incendiándose. La Policía de Caminos y el Cuerpo de Bomberos estatal se afanaban en el caos. Yo había alejado a los Cuervos, y desde el cementerio observaba las luces de los helicópteros, en columnas, sobre la población devastada. Meses y años después, Santa Catalina Quinamítl permaneció en silencio, y terminó por desaparecer. El siniestro se adjudicó a un estallido en la planta de gas, en la fábrica. Los escasos sobrevivientes huyeron tan lejos como pudieron, y todavía temen mi aparición, sobre la cual, nadie más les cree. Y quienes les creen, no son tomados como personas en sus cabales, por la sana mayoría.

Y eso es todo.

Lo cuento a ti para que sepas reconocer tu momento, sea el que sea. Para que no temas seguir a tus voces interiores, por el camino donde te lleven.

Por mi parte, yo soy el que siempre fui, un Hermano de la Noche que debió dejarla para renacer, siglos más tarde. Los Rescatados somos almas que debieron partir para renacer, hasta ser devueltos a la Progenie.

Pues yo no soy, ni nunca fui, Rodolfo Sodi. He recuperado mi nombre. Aquel humano que robara el Libro, no era el indicado para propagar su saber, sino yo... Pues yo soy, y siempre seré, Malleus Arcanus... El autor del *Sanguinarium*...





Necrópolis

Y otros relatos **Nocturnos**

es una una publicación en línea
del proyecto El Vals de la Muerte,
para su libre reproducción personal,
sin fines de lucro

Derechos reservados©2000, 2005 Víctor Hugo Flores

www.hyperia.biz

Diseño: Martha Gudiño Martínez

morsvals@yahoo.com